

á nosotros y á Dios con pláticas provechosas y de edificacion. Y para esto no es menester aguardar tantos puntos ni tantas circunstancias y coyunturas, porque si tanto aguardais, nunca saldreis con la vuestra y quedaránse ellos con la suya. Entiendan todos que somos Religiosos, y que este es nuestro trato, y que con nosotros no han de perder tiempo ni tratar de cosas impertinentes, sino que habemos de tratar de Dios y de cosas de provecho; y sino, no vengan á tratar con nosotros. Y así leemos de nuestro Padre (1), que si algun hombre ocioso venia á él con quien se hubiese de gastar mucho tiempo sin fruto, despues de haberle una y dos veces recibido con alegría, si continuaba las visitas sin provecho, comenzaba á hablar con él de la muerte, del juicio ó infierno, porque decia que si aquel no gustaba de oír semejantes pláticas, se cansaria y no volveria mas; y si gustaba de ellas, sacaria algun fruto espiritual para su alma.

San Agustin, en confirmacion de esto, dice: es verdad que habemos de procurar acomodarnos con todos para ganarlos á todos, como lo hacia el Apostol San Pablo. "A todos, dice (2), me hacia todas las cosas;" con el triste me hacia triste, porque eso consuela al que está triste, ver que el otro se entristece con él y siente su trabajo; y con el alegre mostraba alegría; pero advierte que este acomodarnos con nuestros prójimos y ponernos de su parte, ha de ser de tal manera, que sea para ayudar y aliviar al atribulado y para levantarle y sacarle de la miseria en que está, y no de manera que nos quedemos nosotros en la misma miseria (3). Y declara esto

(1) Lib. 5, cap. 11, de la vida de N. P. S. Agnacio.

(2) Omnibus omnia factus sum. I. ad Cor. IX, 22.

(3) Sic tamen, ut ad auxilium, non ad aequalitatem miseriae valeat. Aug. lib. 83. Quaes. q. 71.

con una buena comparacion, como se inclina el que quiere dar la mano á otro que está caido para levantarle, que no se arroja en el suelo, ni se deja caer como el otro está; antes hace pie y estribo, porque el otro no le lleve tras si, y solamente se inclina un poco, cuanto es menester para ayudarle. De esta manera nos habemos nosotros de acomodar con los seglares y hacernos de su bando, inclinándonos y humanándonos un poco, entrando con la suya para ganarlos; pero habemos de tener firme, y estar siempre muy sobre los estribos para que no nos lleven tras si, sino que salgamos con la nuestra. Y persuadámonos esta verdad, que una de las cosas que edifica mucho á aquellos con quien tratamos, es ver que nuestro trato es siempre de cosas buenas y provechosas; y aunque algunos al principio parezca que no gustan, despues caen en la cuenta y quedan edificados y con mas opinion y estima de nosotros, porque al fin entienden que aquello es lo que hace al caso; y por el contrario, si ven que entramos con ellos en sus pláticas seglares y que gustamos de esas cosas como ellos, tendranos por ventura por amigos, como tuvieran á otro seglar, pero no por muy espirituales; y así se perderá la autoridad y fuerza para hacer fruto en sus ánimas. Pues procuremos llevar adelante en esto el buen nombre de nuestra Religion y el ejemplo de nuestros Padres antiguos. De nuestro P. S. Francisco de Borja leemos (1), que si algunos seglares, que le visitaban, á quien no podia huir el cuerpo, ingerian pláticas impertinentes, no atendia, ni estaba atento á lo que platicaban, sino tenia su corazon y espiritu puesto en Dios; y avisándole algunos Padres que caia en falta por esta causa y que algunas veces

(1) Lib. 4, c. 4, de la vida de N. P. S. Francisco de Borja.

no venia bien lo que decia con lo que se trataba, respondia que mas queria que le tuviesen por necio que perder tiempo, pareciéndole que era tiempo perdido todo lo que no se empleaba en Dios ó por Dios, que es conforme á lo que refiere Casiano (1) del abad Maquete, que habia alcanzado de nuestro Señor con largas oraciones esta gracia: que en las pláticas y conferencias espirituales, ahora fuesen de dia, ahora de noche, nunca se dormia, ni le venia sueño; pero si se hablaba alguna cosa ociosa é impertinente, luego se dormia.

Concluyamos con un aviso general que San Bernardo dá al religioso: Hayámonos en todas las cosas, y especialmente en esta, de tal manera, que todos los que nos vieren y oyeren se edifiquen y digan: este es verdadero religioso (2). Que es lo que dice el Apostol escribiendo á Tito su discipulo: "En todas las cosas muestráte por ejemplar de buenas obras," en dices

TRATADO TERCERO.
De la virtud de la humildad.

CAPITULO I.

De la escoleancia de la virtud de la humildad, y de la necesidad que de ella tenemos.

Aprended de mí, dice Jesucristo nuestro Redentor (3), que soy manso y humilde de

trina, en integridad, en gravedad, siendo en palabras sano é irreprehensible, para que el que se nos opondre, tema viendo que nada malo tiene que decir de nosotros (4). Procuremos en todo dar tal ejemplo y edificacion, que no solo no tengan en qué reparar nuestros amigos, sino que nuestros mismos émulos se confundan y avergüencen, viendo que no hallan qué decir contra nosotros, ni de qué asir.

De un filósofo se cuenta que, diciéndole que murmuraban de él, respondió: yo viviré de tal manera, que no den crédito á los que murmuran de mí. De esta manera habemos de vivir nosotros, procurando, no solamente que no haya en nuestras palabras, ni en nuestras obras cosa digna de reprehension, sino que nuestra vida y conversacion sea tal, que no den crédito á los que murmuren de nosotros. Esta es la mejor manera de satisfacer á las murmuraciones, callar con la boca y responder con las obras.

corazon y hallareis descanso para vuestras ánimas. El bienaventurado San Agustin dice: Toda la vida de Cristo en la tierra fué una ensenanza nuestra, y él fué de todas las virtudes maestro; pero especialmente de la humildad: esta quiso particularmente que

(1) Cas. lib. 5 de instit. renunt. cap. 29.
(2) Sic in cunctis se habeat, ut aedificet videntes, et nemo dubitet, cum viderit eum, vel audierit, quin vere sit Monachus. Bernard. in spec. Monach.
(3) Discite a me quia mitis sum, et humilis corde; et invenietis requiem animabus vestris. Math. XI, 29.

(1) In omnibus te ipsum praebere exemplum bonorum operum, in doctrina, in integritate, in gravitate, verbum sanum, irreprehensibile, ut is, qui ex adverso est, vereatur nihil habens malum dicere de nobis. Ad Tit. II, 7.

aprendiésemos de él (1). Lo cual bastaba para entender que debe ser grande la excelencia de esta virtud, y grande la necesidad que de ella tenemos, pues el Hijo de Dios bajó del cielo á la tierra á enseñarnosla, y quiso ser particular maestro de ella, no solo por palabra, sino muy mas principalmente con la obra; porque toda su vida fué un ejemplo y dechado vivo de humildad. El glorioso San Basilio (2) va discurrendo por toda la vida de Cristo desde su nacimiento, mostrando y ponderando cómo todas sus obras nos enseñan particularmente esta virtud. Quiso, dice, nacer de Madre pobre, en pobre portal y en un pesebre, y ser envuelto en unos pobres pañales; quiso ser circuncidado como pecador, huir á Egipto como flaco, y ser bautizado entre pecadores y publicanos como uno de ellos: despues, en el discurso de su vida, quiérenle honrar y levantar por Rey, y escóndese; y cuando le quieren afrentar y deshonorar, entonces se ofrece; ensálzale los hombres, y aun los endemoniados, y mándales que callen; y cuando le escarnecen diciéndole injurias, no habla palabra. Y al fin de su vida, para dejarnos mas encomendada esta virtud, como en testamento y última voluntad, la confirmó con aquel tan maravilloso ejemplo de lavar los pies á sus discípulos, y con aquella muerte tan afrentosa de la cruz. Dice San Bernardo: «Abajóse y apocóse el Hijo de Dios, tomando nuestra naturaleza humana, y toda su vida quiso que fuese un dechado de humildad, para enseñarnos por obra lo que nos habia de enseñar por palabra (3).» ¡Maravillosa manera de enseñar!

(1) Tota vita Christi in terris, per hominem quem suscipere dignatus est, disciplina morum fuit, sed praecipue humilitatem suam imitandam proposuit, dicens (Matthaei. XI): «Discite a me, quia mitis sum, et hominis corde.» Aug. lib. de vera Religione.

(2) Basil. serm. de humil.

(3) Exinanivit semetipsum, ut prius praestaret exemplo quod erat docturus verbo. Bernard. serm. 4, de Nativit. Domini.

¿Para qué, Señor, tan grande Magestad tan humillada? «Para que ya, de aqui adelante, no haya hombre que se atreva á ensoberberse y engrandecerse sobre la tierra (4).» Siempre fué locura y atrevimiento ensoberberse el hombre; empero particularmente despues que la Magestad de Dios se abatió y humilló, dice el Santo (2), es intolerable desvergüenza y descomedimiento grande que el gusanillo del hombre quiera ser tenido y estimado. El Hijo de Dios igual al Padre toma forma de siervo, y quiere ser humillado y deshonrado; ¡y yo, polvo y ceniza, quiero ser tenido y estimado!

Con mucha razon dice el Redentor del mundo, que él es el Maestro de esta virtud y que de él la tenemos de aprender; porque esta virtud de humildad no la supo enseñar Platon, ni Sócrates, ni Aristóteles. Tratando de otras virtudes los filósofos gentiles, de la fortaleza, de la templanza, de la justicia, tan lejos estaban de ser humildes, que en aquellas mismas obras y en todas sus virtudes pretendian ser estimados y dejar memoria de sí. Bien habia un Diógenes y otros tales que se mostraban despreciadores del mundo y de sí mismos en vestidos viles, en pobreza, en abstinencia; pero en eso mismo tenian una grande soberbia y querian por aquel camino ser mirados y estimados y menospreciaban á los otros, como prudentemente se lo notó Platon á Diógenes. Convidando un dia Platon (3) á ciertos filósofos, y entre ellos á Diógenes, tenia muy bien aderezada su casa, y puestas sus alfombras y mucho aparato, como para tales convidados convenia. Diógenes, entrando, comienza con sus pies sucios á hollar aquellas alfombras. Diclele Platon:

(1) Ut non apponat ultra magnificare se homo super terram. Ps. IX, 36.

(2) Intolerabilis enim impudentia est, ut ubi sese exinanivit majestas, vermiculus inflatur, et intumescit. Bernard. ubi sup.

(3) Tertulian. in Apolog. 582.

«¿qué haces?» «Estoy, dice (1), hollando y acoceando el fausto y soberbia de Platon.» Respondióle muy bien Platon: «Huellas, mas con otro fausto (2),» notando en él mas soberbia en hollar sus alfombras que la que él tenia en tenerlas. No alcanzaron los filósofos el verdadero menosprecio de sí mismos, en que consiste la humildad cristiana; ni aun por el nombre conocieron esta virtud de la humildad: es esta propia virtud nuestra, enseñada por Cristo. Y pondera San Agustín (3) que por aquí comenzó aquel soberano sermón del Monte: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (4);» porque los pobres de espíritu, dice San Agustín, San Gerónimo, San Gregorio y otros Santos (5), se entienden los humildes. Por aqui comienza el Redentor del mundo su predicacion, con esto media, con esto acaba, esto nos enseña toda su vida, esto quiere que aprendamos de él. Dice San Agustín: «no dijo aprended de mí á fabricar los cielos y la tierra; aprended de mí á hacer maravillas y milagros; á sanar enfermos, echar demonios, y resucitar muertos; sino aprended de mí á ser mansos y humildes de corazón. Mejor es el humilde que sirve á Dios, que el que hace milagros (6).» Este es el camino llano y seguro; es otro está lleno de tropiezos y peligros.

La necesidad que tenemos de esta virtud de la humildad es tan grande, que sin

(1) Calco Platonis fastum.

(2) Calcas, sed alio fastu.

(3) Aug. lib. de sancta virg. cap. 32.

(4) Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum coelorum. Matth. V, 3.

(5) Aug. lib. de Verbis Domini in Evang. secundum Matth. serm. 10; et lib. de s. virg. cap. 34; et lib. 8, de Trinit. cap. 7. — Hieron. in Daniel 3. — Greg. 6. Mor. cap. 16.

(6) Discite a me non mundum fabricare, non cuncta visibilia, et invisibilia creare, non in ipso mundo mirabilia facere, et mortuos suscitare; sed quoniam mitis sum, et humilis corde. Potentior est enim, et altior solidissima humilitas, quam ventosissima celsitudo. Aug. ib.

ella no hay dar paso en la vida espiritual. Dice el glorioso Agustín: «Es menester que todas las obras vayan muy guarnecidas y acompañadas de humildad, al principio, al medio y al fin; porque si tantico nos descuidamos y dejamos entrar la complacencia vana, todo se lo llevará el viento de la soberbia (1).» Y poco nos aprovechará que la obra sea muy buena de suyo, antes ahí habemos de temer mas el vicio de la soberbia y vanagloria, porque los demas vicios son acerca de pecados y cosas malas, la envidia, la ira, la lujuria, y así consigo se traen su sobreescrito para que nos guardemos de ellos; pero la soberbia anda tras las buenas obras para destruirlas (2). Iba el hombre navegando prósperamente, puesto su corazón en el cielo, porque habia enderezado al principio lo que hacia á Dios, y de repente viene un viento de vanidad y dá con él en una roca, deseando agradar á los hombres y ser tenido y estimado de ellos, ó tomando algun vano contentamiento, con que todo se hundió. Y dice muy bien San Gregorio y San Bernardo: «El que quiere allegar virtudes sin humildad, es como el que lleva un poco de polvo ó ceniza en contrario del viento, que todo se derrama, todo se lo lleva el viento (3).»

CAPITULO II.

Que la humildad es fundamento de todas las virtudes.

San Cipriano dice: «La humildad es

(1) Nisi humilitas omnia quaecumque benefacimus, et praecesserit, et comitetur, et consecuta fuerit, jam nobis de aliquo bono facto gaudentibus, totum extorquet de manu superbia. Aug. Epist. 56 ad Dioscorum.

(2) Vitia quippe caetera in peccatis; superbia vero etiam in recte factis timeuda est, ne illa quae laudabiliter facta sunt, ipsius laudis cupiditate amittantur. Superbia bonis operibus insidiatur ut pereant. Ibid.

(3) Qui sine humilitate virtutes congregat, quasi in ventum pulverem portat. Greg. sup. Ps. 3 penitent. — Bernard. de Ord. vitae et morum inst. c. 7; et serm. de donis Spiritus Sancti, qui est ultimus ex parvis, cap. 2.

fundamento de la santidad (1). San Gerónimo: «La primera virtud de los cristianos es la humildad (2).» San Bernardo: «La humildad es fundamento y guarda de las virtudes (3).» Todos dicen que la humildad es fundamento de la santidad y de todas las virtudes. Y San Gregorio, en una parte la llama maestra y madre de todas las virtudes, y en otra dice que es raíz y origen de las virtudes (4). Esta metáfora y comparación de la raíz es muy propia, y declara mucho las propiedades y condiciones de la humildad: porque cuanto á lo primero, dice San Gregorio, así como la flor se sustenta en la raíz, y cortada se seca; así la virtud, cualquiera que sea, si no persevera en la raíz de la humildad, se seca y se pierde luego. Mas así como la raíz está debajo de tierra, y se huella y pisá, y no tiene en sí hermosura, ni olor, pero de allí recibe el árbol vida; así el humilde está soterrado, es hollado y tenido en poco, no parece que tiene lustre y resplandor, sino que está echado al rincón y olvidado; empero eso es lo que le conserva y hace crecer. Mas así como para que el árbol crezca y dure, y lleve mucho fruto, es menester arraigarse la raíz, y cuanto esta estuviere mas honda y mas dentro de la tierra, tanto el árbol echará mas fruto y durará mas, conforme á aquello de Isaías: «Echará raíces hácia abajo y dará frutos arriba (5);» así el fructificar en todas las virtudes y el conservarse en ellas está en echar hondas raíces de humildad. Cuanto mas humilde fuéredes, tanto mas medraredes

(1) Humilitas est sanctitatis fundamentum. *Cypr. serm. de Nativitate Christi.*
 (2) Prima virtus Christianorum est humilitas. *Hieron. epist. ad Eustoch.*
 (3) Humilitas est fundamentum custosque virtutum. *Bernard. serm. 4 de Nativitate.*
 (4) Greg. lib. 23. *Moral. cap. 13 et lib. 27 cap. ult.*
 (5) Mittat radicem deorsum, et faciet fructum sursum. *JV. Reg. XIX, 30.*

y crecereis en virtud y perfeccion. Finalmente, así como la soberbia es raíz y principio de todo pecado, como dice el Sabio (1), así dicen los Santos que la humildad es raíz y fundamento de toda virtud. Pero dirá alguno: «¿cómo decís que la humildad es fundamento de todas las virtudes y del edificio espiritual, pues comunmente dicen los Santos que la fe es el fundamento, conforme á aquello de San Pablo: «Ninguno puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús (2)?» A esto responde muy bien Santo Tomás: Dos cosas se requieren para fundar bien una cosa: lo primero, es necesario abrir bien los cimientos, y echar fuera todo lo movedizo hasta llegar á lo firme, para edificar sobre ello, y después de muy bien ahondado el cimiento y sacada fuera toda la tierra movediza, comiézase á asentar la primera piedra; la cual, con las demas que se van asentando, es el principal fundamento del edificio. De esta manera, dice Santo Tomás (3), se hán la humildad y la fe en este edificio espiritual y fábrica de las virtudes: la humildad es la que abre las zanjas; su oficio es ahondar el cimiento y echar fuera todo lo movedizo, que es la flaqueza de las fuerzas humanas. No habeis de fundar sobre vuestras fuerzas, que todo eso es arena; todo eso habeis de echar fuera desconfiando de vos mismo y ahondando hasta llegar á la peña viva y piedra firme, que es Cristo (4). Ese es el principal fundamento; pero porque para asentar ese fundamento es menester esotro, lo cual se hace con la humildad, por eso se llama tambien la humildad fundamen-

(1) Initium omnis peccati est superbia. *Eccli. X, 15.*
 (2) Fundamentum enim aliud nemo potest ponere, praeter id quod positum est, quod est Christus Jesus. *I. ad Cor. III, XI.*
 (3) S. Thom. 2-2, quæst. 161, art. 5 ad 2.
 (4) Petra autem erat Christus. *I. ad Cor. X, 4.*

to, y así el que con la humildad abriere bien las zanjas y ahondare en su propio conocimiento, y echare fuera todo lo movedizo de la estima y confianza de sí mismo hasta llegar al verdadero fundamento, que es Cristo, este tal edificará bien edificio, que aunque le combatan los vientos y crezcan las aguas, no le derrocarán, porque está fundado sobre piedra firme. Pero si edificare sin humildad, luego caerá su edificio, porque está fundado sobre arena.

No son virtudes verdaderas, sino aparentes y falsas las que no se fundan en humildad. Y así, dice San Agustín (1), que en aquellos romanos y filósofos antiguos no había virtudes verdaderas, no solo por faltalles la caridad que es la forma y la que dá vida y ser á todas, y sin la cual no hay ninguna verdadera y perfecta virtud, sino porque les faltaba tambien el fundamento de la humildad; en su fortaleza, en su justicia, en su templanza, pretendían ser estimados y dejar memoria de sí; eran unas virtudes huecas y sin sustancia, y una sombra de virtudes. Y así como no eran perfectas, ni verdaderas, sino aparentes, dice que se las premió y remuneró Dios á los romanos con los bienes de esta vida, que son tambien bienes aparentes. Pues si quereis edificar verdaderas virtudes en vuestra alma, procurad de echar primero buen fundamento de humildad. Dice San Agustín: «Si quereis ser grande y levantar muy alto edificio de virtudes, ahondad bien las zanjas. Y cuanto uno quiere levantar mas alto el edificio, tanto mas ahonda los cimientos (2),» porque no hay alto sin hondo; y así, á la medida y proporcion que ahondaredes y

(1) Aug. lib. 5 de *Civit. c. 15, et in Ps. 34.*
 (2) Magnus esse vis? á minimo incipe; cogitas magnam fabricam construere celsitudinis? de fundamento prius cogita humilitatis. Et quantum quisque vult, et disponit superimponere molem aedificii, quantum erit majus aedificium, tanto altius fodit fundamentum. *Aug. serm. 10 de Verbis Domini.*

echaredes los cimientos de la humildad, podreis levantar esta torre de la perfeccion evangélica que habeis comenzado. Santo Tomás de Aquino, entre otras sentencias graves que se refieren suyas, decia de la humildad (1): quien anda con deseo de honra, quien huye de ser tenido en poco, y le pesa si lo es, aunque haga maravillas, lejos está de la perfeccion, porque todo es virtud sin cimiento.

CAPITULO III.

En que se declara mas en particular cómo la humildad es fundamento de todas las virtudes, discurrendo por las mas principales.

Para que se vea mejor cuán verdadera es esta sentencia de los Santos, que la humildad es fundamento de todas las virtudes, y cuán necesario es este fundamento para todas ellas, iremos discurrendo brevemente por las mas principales. Comenzando por las teologales, para la fe es menester humildad: de los niños, á los cuales se les infunde la fe sin acto propio en el Bautismo; hablo de los adultos que ya tienen uso de razon. La fe pide un entendimiento humilde y rendido, dice el Apóstol San Pablo (2); y el entendimiento soberbio es impedimento y estorbo para recibir la fe; y así dijo Cristo nuestro Redentor á los fariseos: «¿Cómo podeis vosotros creer en mí, pues buskais ser honrados unos de otros, y no buskais la honra que de solo Dios viene (3)?» Y no solo para recibir la fe es menester humildad, sino tambien para conservarla. Doctrina es común de los doctores y Santos, que la soberbia es principio de to-

(1) 1.º p. lib. 3, c. 37 de *la Historia de la orden de Predicadores.*
 (2) In captivitate redigentes omnem intellectum in obsequium Christi. *II. ad Cor. X, 5.*
 (3) Quomodo vos potestis credere, qui gloriam ab invicem accipitis, et gloriam, quae a solo Deo est, non quaeritis? *Joann. V, 44.*

das las heregías: estima uno tanto su parecer y juicio, que le antepone al sentir común de los Santos y de la Iglesia, y de ahí viene á dar en heregías. Y así dice el Apóstol: "Hágoos saber que en los días postremos habrá unos tiempos muy peligrosos, porque los hombres serán muy amadores de sí mismos, codiciosos, altivos y soberbios (1)." A la elacion y soberbia atribuye los errores y heregías, como lo prosigue muy bien San Agustín. La esperanza con la humildad se sustenta, porque el humilde siente su necesidad, y entiende que no puede de sí cosa alguna; así con mas afecto se vale de Dios, y pone toda su esperanza en él. La caridad y amor de Dios con la humildad se aviva y enciende, porque el humilde conoce que todo lo que tiene le viene de la mano de Dios y que él está muy lejos de merecerlo, y con esto se enciende é inflama mucho en amor de Dios. Decía el santo Job: "¿Quién es el hombre, Señor, para que os acordeis de él y pongais vuestro corazón en él, y le hagais tantos favores y mercedes (2)?" "¿Yo tan malo para con vos y vos tan bueno para conmigo? ¿Yo porfiar á ofenderos cada día, y vos á hacerme mercedes cada hora? Este es uno de los principales motivos de que se ayudaban los Santos para encenderse mucho en amor de Dios. Mientras mas consideraban su indignidad y miseria, mas obligados se hallaban á amar á Dios que puso los ojos en tan grande bajeza. Decía la Sacratísima Reina de los ángeles: "Magnífica y engrandece mi ánima al Señor, porque puso los ojos en la bajeza de su Sierva (3)." Para la caridad con los prójimos, bien se vé

(1) Hoc autem scitote, quod in novissimis diebus instabunt tempora periculosa, et erunt homines se ipsos amantes, cupidi, elati, superbi. II. ad Tim. III, 4.
 (2) Quid est homo, quia magnificas eum, aut quid apponis erga eum cor tuum? Job. VII, 17.
 (3) Magnificat anima mea Dominum. Quia respexit humilitatem ancillae suae. Luc. 1, 46.

cuán necesaria es la humildad, porque una de las cosas que suele entibiar y disminuir el amor de nuestros hermanos, es juzgar sus faltas y tenerlos por imperfectos y defectuosos; y el humilde está lejos de eso, porque tiene puestos los ojos en sus faltas propias, y en los otros nunca mira sino á sus virtudes; y así á todos los tiene por buenos, y á sí solo por malo é imperfecto y por indigno de estar entre sus hermanos; y de aquí nace en él una estima y respeto y un amor grande á todos. Mas: al humilde no le pesa de que todos le sean preferidos y de que se haga caso de los otros y que él solo sea el olvidado, ni de que á los otros se les encomienden las cosas mayores y á él las bajas y pequeñas; no hay envidia entre los humildes, porque la envidia nace de la soberbia; y así, si hay humildad, ni habrá envidias, ni encuentros, ni cosa que entibie el amor de los hermanos.

De la humildad nace tambien la paciencia, tan necesaria en esta vida; porque el humilde conoce sus culpas y pecados, vése digno de cualquier pena, y ningún trabajo le viene que no lo juzgue por menor de lo que habia de ser, conforme á sus culpas; y así calla y no se sabe quejar, antes dice con el Profeta Miqueas: "Sufriré de buena gana el castigo que Dios me envía, porque he pecado contra él (1)." Así como el soberbio de todo se queja y le parece que le hacen sinrazon, aunque no se la hagan, y que no le tratan como merece: así el humilde, aunque le hagan sinrazon, no le echa de ver, ni lo juzga por tal, en ninguna cosa entiende que le hacen agravio, antes todo le parece que le viene ancho, y de cualquier manera que le traten, está muy satisfecho que le tratan mejor de lo que él merece. Gran medio es la humildad

(1) Iram Domini portabo, quoniam peccavi ei. Michae. VII, 9.

para la paciencia. Y así el Sábio, avisando al que quiere servir á Dios que se prepare para sufrir tentaciones y disgustos, y que se arme de paciencia, el medio que le da para ello es que se humille: "Trae abatido tu corazón, dice (1), y así sufre todo lo que te se ofreciere;" aunque muy contrario al gusto y á la sensualidad, "recibelo bien, y aunque te duela súfrelo." ¿Pues cómo será eso? ¿qué armas me vestís para que no lo sienta, ó para que ya que lo sienta lo lleve bien? "Tened humildad, y así tendreis paciencia (2)."

De la humildad nace tambien la paz, tan deseada de todos y tan necesaria al religioso; así lo dice Cristo nuestro Redentor: "Sed humilde, y tendreis grande paz con vos (3)" y tambien con vuestros hermanos. Así como entre los soberbios siempre hay rencillas, contiendas y porfias, dice el Sábio (4); así entre los humildes no puede haber rencillas ni disension, sino es aquella santa rencilla y porfia de cuál será mas humillado y de dar cada uno la ventaja al otro: cual fué aquella graciosa contienda entre San Pablo y San Antonio, sobre el partir el pan; el uno importunaba al otro porque era huésped; el otro á este porque era mas anciano; cada uno buscaba por donde preferir y dar la ventaja al otro. Estas son buenas rencillas y contiendas, que así como nacen de verdadera humildad, así no solo no van contra la paz y caridad fraterna, sino la confirman y conservan mas.

Vengamos á aquellas tres virtudes propias y esenciales del religioso, á que nos

obligamos por los tres votos de la pobreza, castidad y obediencia. La pobreza tiene tanta conexión y parentesco con la humildad, que parecen hermanas de un vientre. Y así, por la pobreza de espíritu, que Cristo nuestro Señor puso por la primera de las bienaventuranzas, unos Santos entienden la humildad, otros la pobreza voluntaria, cual es la que los religiosos profesan. Y es menester que la pobreza ande siempre muy acompañada de humildad, porque la una sin la otra es cosa peligrosa; fácilmente se suele criar un espíritu de vanagloria y soberbia del vestido pobre y vil, y de allí suele nacer un menosprecio de los otros; y por esto San Agustín huía de muy viles vestiduras, y queria que sus religiosos tragesen vestidos honestos y decentes para huir de este inconveniente. Y por otra parte, tambien es menester humildad para que no queramos andar muy acomodados, que no nos falte nada, sino que nos contentemos con lo que nos dieren y con lo peor, pues somos pobres y profesamos pobreza. Para la guarda de la castidad, que sea necesaria la humildad, tenemos muchos ejemplos en las Historias de los PP. del Yermo, de feas y torpísimas caídas en hombres de muchos años de penitencia y vida solitaria, que todas ellas nacian de falta de humildad, y de presuncion y fiarse de sí, lo cual suele Dios castigar con permitir semejantes caídas. Es la humildad tan grande ornato de la castidad y pureza virginal, que dice San Bernardo: "Atrévome á decir que, sin humildad, aun la virginidad de nuestra Señora no agradará á Dios (1)." Vengamos á la virtud de la obediencia, en la cual quiere nuestro Padre que nos señalemos los de la Compañía. Cosa clara es que no puede ser buen obedien-

(1) Deprime cor tuum, et sustine. Omne quod tibi applicitum fuerit, accipe, et in dolore sustine. Ecl. II, 2 et 4.
 (2) In humilitate tua patientiam habe. Ib. 1.
 (3) Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris. Matthe. XI, 29.
 (4) Inter superbos semper jurgia sunt. Prov. XIII, 10.

(1) Sine humilitate audeo dicere nec virginitas Mariae Deo placuisset. Bernard. Hom. 4, super Missus est.

te el que no fuere humilde; ni dejarlo de ser, el que lo fuere. Al humilde cualquier cosa se le puede mandar, no asi al que no lo fuere. El humilde no tiene juicio contrario; en todo se conforma con el superior, asi con la obra como con la voluntad y entendimiento, no hay en él contradiccion ni resistencia alguna.

Pues si venimos á la oracion, en que estriba la vida del religioso y del varon espiritual, si no va acompañada de humildad, no tiene valor; y la oracion con humildad penetra los cielos. "La oracion del que se humilla, dice el Sábio (1), penetrará los cielos y no descansará hasta que alcance de Dios todo lo que desea." Aquella santa y humilde Judith, encerrada en su oratorio, vestida de cilicio, cubierta de ceniza, postrada en tierra, clama y da voces: "Siempre os agradó, Señor, la oracion de los humildes y de los mansos de corazón (2)." "Miró Dios á la oracion de los humildes, y no menospreció sus ruegos (3)." "No hayais miedo que sea desechado el humilde, ni que vaya confundido (4);" él alcanzará lo que pide, Dios oirá su oracion. Mirad cuánto agradó á Dios aquella oracion humilde del Publicano del Evangelio, que no osaba alzar los ojos al cielo, ni acercarse al altar, sino allá lejos en un rincón del templo, hiriendo sus pechos con humilde conocimiento, decia: "Señor, habed misericordia de mí, que soy gran pecador (5)." "De verdad os digo, dice Cristo nuestro Redentor, que salió este justificado del tem-

(1) Oratio humiliantis se nubes penetrabit, et donec propinquet non consolabitur, et non discedet donec altissimus aspiciat. *Eccl.* XXXV, 21.

(2) Humilium, et mensuetorum semper tibi placuit deprecatio. *Judith.* IX, 10.

(3) Respexit in orationem humilium, et non spreuit preces eorum. *Psalm.* CI, 18.

(4) Ne avertatur humilis factus confusus. *Ps.* LXXIII, 21.

(5) Deus propitius esto mihi peccatori. Dico vobis: descendit hic justificatus in domum suam ab illo. *Luc.* XVIII, 13.

plo, y el otro fariseo soberbio, que se tenia por bueno, salió condenado." De esta manera podriamos discurrir por las demas virtudes; y así, si quereis un atajo para alcanzarlas todas, y un documento breve y compendioso para llegar presto á la perfeccion, este es: ser humilde.

CAPITULO IV.

De la necesidad particular que tienen de esta virtud los que profesan ayudar á la salvacion de los prójimos.

"Cuanto fueres mayor, tanto mas te humilla, dice el Sábio (1), y hallarás gracia delante de Dios." Los que profesamos ganar almas para Dios tenemos oficio de grandes; que para nuestra confusion, bien lo podemos decir: hános llamado el Señor á un estado muy alto; porque nuestro Instituto es para servir á la Santa Iglesia en muy altos y levantados ministerios (para los cuales escogió Dios los Apóstoles) que son la predicacion del Evangelio, la administracion de los Sacramentos y de su Sangre preciosísima; que podemos decir con San Pablo: "Nos dió el ministerio de la reconciliacion (2)." Llama ministerio de reconciliacion la gracia y la predicacion del Evangelio y los Sacramentos por donde se comunica esta gracia. "Hizonos Dios ministros suyos, embajadores suyos, como Apóstoles suyos, legados del Sumo Pontífice Jesucristo; lenguas ó instrumentos del Espíritu Santo. Por nosotros es servido el Señor de hablar á las almas (3);" por estas lenguas de carne quiere el Señor mover los corazones de los hombres. Pues por esto tenemos mas necesidad que otros

(1) Quanto magnus es, humilia te in omnibus, et coram Deo invenies gratiam. *Eccl.* III, 20.

(2) Dedit nobis ministerium reconciliationis. *II. ad Cor.* V, 18.

(3) Et posuit in nobis verbum reconciliationis, pro Christo ergo legatione fungimur, tanquam Deo exhortante per nos. *ib.* *et* 20.

de la virtud de la humildad, por dos razones: la primera, porque cuanto mas alto es nuestro Instituto y la alteza de nuestra vocacion, tanto es mayor nuestro peligro y el combate de la soberbia y vanidad. Los montes mas altos, dice San Gerónimo, con mayores vientos son combatidos. Andamos en ministerios muy altos, y por eso somos respetados y estimados de todo el mundo; somos tenidos por Santos y por otros Apóstoles en la tierra, y que nuestro trato es todo santidad y hacer santos á los que tratamos. Grande fundamento de humildad es menester para no dar con tan alto edificio en tierra: gran fuerza y gran caudal de virtud es menester para sufrir el peso de la honra y ocasiones que vienen con ella; cosa dificultosa es andar entre honras y que no se pegue algo al corazón: no todos tienen cabeza para andar en alto: ¡Oh! ¡cuántos se han desvanecido y caído del estado alto en que estaban, por faltarles este fundamento de humildad! ¡Cuántos que parecia que como águilas iban levantados en el ejercicio de las virtudes, por soberbia quedaron hechos mureiégalos! Milagros hacia aquel monge, de quien se escribe en la vida de San Pacomio y Palemon, que andaba sobre las brasas, sin quemarse; empero de aquello mismo se ensoberbeció, y tenia en poco á los otros, y decia de sí mismo: «este es Santo que anda sobre las brasas sin quemarse: ¿cuál de vosotros hará otro tanto?» Corrigióle San Palemon, viendo que era soberbia, y al fin vino á caer miserablemente y acabar mal. Llena está la Escritura y las Historias de los Santos de semejantes ejemplos.

Pues por esto tenemos particular necesidad de estar muy fundados en esta virtud; porque, sino, estamos en gran peligro de desvanecernos y caer en el pecado de soberbia, y en la mayor que hay, que es

la soberbia espiritual. San Buenaventura, declarando esto, dice que hay dos maneras de soberbia: una de las cosas temporales, y á esta llama soberbia carnal; otra de las cosas espirituales, que llama soberbia espiritual; y esta, dice, es mayor soberbia y mayor pecado que la primera, y la razon está clara; porque el soberbio, dice San Buenaventura, es ladron, comete hurto, porque se alza con lo ageno contra la voluntad de su dueño; álzase con la gloria y honra que es propia de Dios y que no la quiere él dar á otro, sino reservarla para sí, dice él por Isaias (1). Esta quiere hurtar á Dios el soberbio, y alzarse con ella, y atribuirle á sí. Pues cuando uno se ensoberbece de un bien natural, de la nobleza, de la buena disposicion del cuerpo, del buen entendimiento, de las letras ú de otras habilidades semejantes, ladron es; pero no es tan grande el hurto, porque aunque es verdad que todos esos bienes son de Dios, pero son los salvados de su casa; empero el que se ensoberbece de los dones espirituales, de la santidad, del fruto que hace en las almas, ese es gran ladron, robador de la honra de Dios; ladron famoso, que hurta las joyas mas ricas, y de mayor precio y valor delante de Dios que las estimó él tanto que por ellas dió por bien empleada su sangre y vida. Y así, el bienaventurado San Francisco andaba con grande temor de caer en esta soberbia y decia á Dios: «Señor, si algo me diéredes, guardadlo vos, que yo no me atrevo, porque soy un gran ladron que me alzo con vuestra hacienda.» Pues andemos nosotros tambien con este temor, que tenemos mas razon de tenerle, pues no somos tan humildes como San Francisco; no caigamos en esta soberbia tan peligrosa; no nos alce-

(1) Gloriam ipsam a te non dabo. *Isa.* XLII, 8; XLVIII, 11.